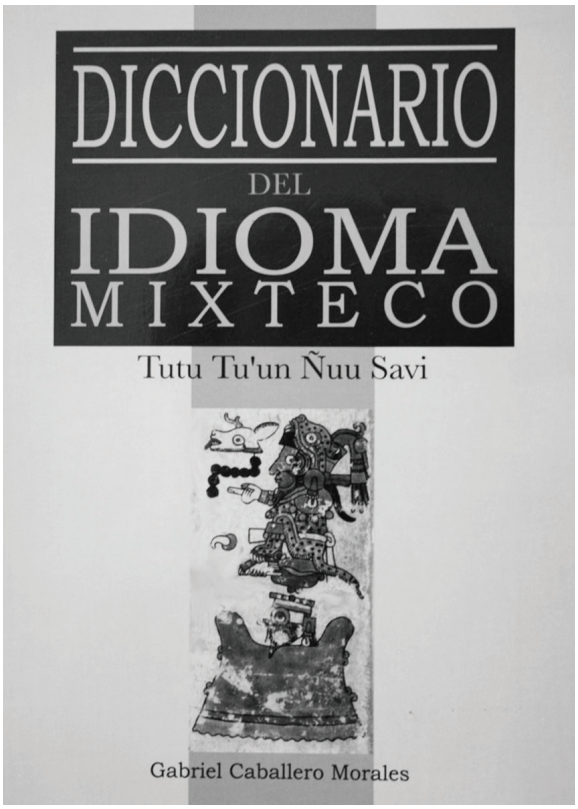
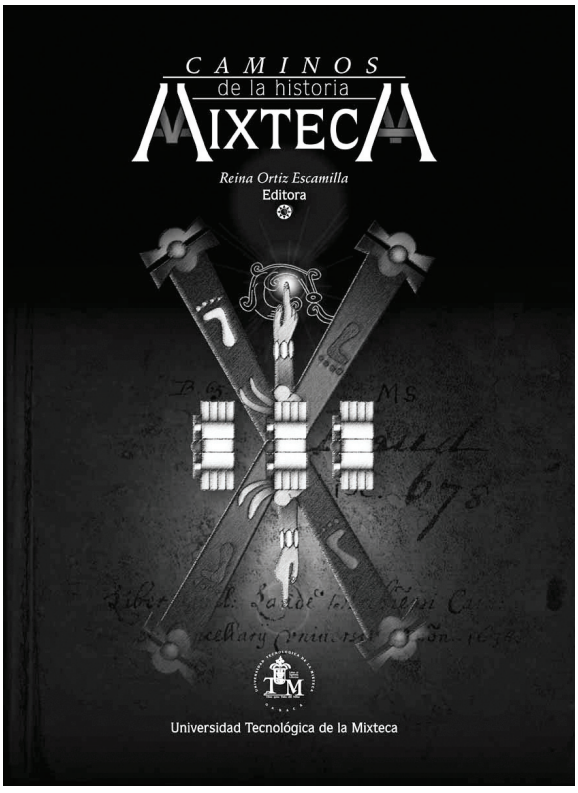
Libros

Caballero Morales, Gabriel. *Diccionario del idioma mixteco Tutu Tu'un Ñuu Savi*. Oaxaca, Méx., Universidad Tecnológica de la Mixteca, 2008, 811 p.



La construcción de este diccionario tiene la intención de revitalizar el idioma mixteco y fortalecer su identidad, para preservar los propios valores, inventariando, definiendo y clasificando el idioma mixteco en sus diferentes variantes. Este trabajo lexicográfico esta conformado con un poco más de 17500 entradas, en donde fueron consideradas las variantes, lleva el propósito de romper las barreras que lo atan y trascender fronteras para que propios y extraños lo conozcan como un medio de socialización y transmisión de las prácticas culturales y formas organizativas y sociales normado en el marco de la propia cultura. El material se recopiló en más de 100 comunidades entre los estados de Guerrero, Puebla y Oaxaca en el sur de México. Este esfuerzo y contribución ha sido patrocinado por la Universidad Tecnológica de la Mixteca buscando fortalecer los valores de la cultura Ñuu Savi.

Varios autores. *Caminos de la historia mixteca*. Oaxaca, Méx., Universidad Tecnológica de la Mixteca, 2008, 190 p.



En el siglo XX mexicano la concepción pública de la cultura y en consecuencia la política en la materia padeció transformaciones reiteradas y sustanciales. Para Leonel Durán "La Revolución Mexicana permitió reconocer nuestra diversidad, pero frente a ello se formuló explícitamente una política cultural integracionista, negadora de esa pluralidad."[1] Dos corrientes de pensamiento distintas: una que percibía la diversidad

1 Véase Leonel Durán, Pluralidad y homogeneidad cultural, en "Política Cultural para un país multiétnico. Coloquio sobre problemas educativos y culturales en una sociedad multiétnica". SEP-COLMEX-Universidad de las Naciones Unidas, México, 1988, p.37

como un activo de la nación, y otra que buscaba la homogeneidad en todos los órdenes.

Por un lado, desarrolla el autor, la primera sostiene un enfoque de lo interno, es unidad "al reconocerse jurídicamente y sustentada por la historia es una meta". Mientras, la diversidad "surge de un reconocimiento de la realidad: es una fuente de enriquecimiento del ser social: Estado o país."[2] Punto neurálgico de ambas visiones y de cualquier esfuerzo por la cultura, es la educación, como instrumento de fortalecimiento de la identidad, formadora de cultura y de afectación de la cultura popular.

México es un país en el que la política cultural ha estado íntimamente ligada a la educación.[3] Durante los años que corren entre 1921 y 1940, la educación tiene un papel de incorporación,[4] busca anular la diversidad cultural y lograr la homogeneidad a la que referimos en aras de la llamada "identidad nacional". Al explicar las raíces del nacionalismo y del indigenismo en nuestro país, Rodolfo Stavenhagen afirma que es en los años veinte cuando "la escuela rural y las casas del pueblo tenían la misión de romper las barreras lingüísticas y culturales entre indios y mestizos…alcanzar en una generación la tan anhelada modernización del México indígena permeó durante tres décadas (de los veinte a los cuarenta) el pensamiento de las autoridades educativas del país"[5].

Ello parece ser un proceso que no inicia en el siglo XX sino más bien es consecuencia de una tendencia muy arraigada, que tiene orígenes en las estrategias de colonización española. En este sentido, hay un derrotero central: el idioma. En el siglo XVI se inicia el desarrollo de técnicas y sistemas de investigación, aprendizaje y enseñanza de idiomas y dialectos respectivos, a frailes e indígenas, lo que responde a una política de transformación profunda en aras de los intereses del imperio,[6] ésta se ve coronada con un cambio cultural significado por la aparición de la población mestiza y un auge de los regionalismos.

Debido, entre otros factores, a las dificultades que el Imperio atraviesa en Europa y a la aparición de corrientes de pensamiento tales como el Racionalismo y el Despotismo Ilustrado, sobrevive un viraje en la anterior política cultural, en la que se impulsa una negación de la posible identidad de una nueva nación. Por tanto, con el objetivo de fortalecer una relación de dependencia más que de reconocimiento y respeto, se impone una educación general en castellano y un nuevo proyecto cultural que incluye la expulsión de los jesuitas y la desaparición de una incipiente conciencia de identidad diferenciada.

Unidad y diversidad es el binomio que se encuentra enfrentado también con el advenimiento del México independiente. En contradicción aparente, Luis Mora, Gómez Farías y otros liberales propugnaban por la primera, es decir, por la integración nacional principalmente a través de una educación en idioma español únicamente. Por otro lado, personajes como Rodríguez Puebla, toman una posición más preocupada por lo diverso de la realidad cultural y étnica. Sin embargo, obstáculo insalvable es la diferencia entre el español peninsular y el mexicano, que pretendió superarse con la impresión y distribución de libros clásicos, diccionarios y estudios de lingüística, retórica y poética, y otros mecanismos de defensa del castellano. Política que no pudo lograrse a cabalidad sino hasta la aparición de la República Restaurada cuando, ya en un marco institucional se restablece un sistema educativo en forma.

La enseñanza en español se extiende durante el porfiriato favorecido por las ideas positivistas. Justo Sierra afirma que: "La poliglosia de nuestro país es un obstáculo para la propagación de la cultura y la formación de la conciencia de la patria"[7]. Consigna ésta que prefigura la tendencia seguida por el sistema educativo a partir de 1921 con la creación de la Secretaría de Educación Pública. Llama la atención el consejo que diera en este tenor Rafael Ramírez a los maestros rurales: "…la función tuya como maestro de una comunidad netamente indígena no consiste simplemente en castellanizar a la gente, sino en transformarla en gente de razón"[8].

2 Ídem, p. 38

3 Cfr. Rafael Tovar y de Teresa, México, Política Cultural y Desarrollo, en "Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo", Coed. BID-Fundación Felipe Herrera-Universidad de Maryland-FCE, Argentina, 2000, p. 301

4 Cfr. Íbidem, p. 43

5 Véase la Introducción de Rodolfo Stavenhagen a "Política Cultural para un país…", Op.Cit. p. 8

6 Cfr. Leonel Durán, Op. Cit. p. 40

7 Cit. Por. Durán, Ídem, p. 42

8 Cit. Por. Durán, Ídem, p. 42

Con lo anterior se pretende impartir una educación en idioma único, pero además profundizar en los hábitos y forma de vida de los educandos. Educación que responde a un sólo modelo considerado como superior. De ahí que hayamos afirmado anteriormente que durante este período (1921-1940), el proyecto educativo fue concebido como sistema de la incorporación que implicaba, en palabras de Durán: "…indios y pueblo en general no son sino objetos de estudio a quienes se debe decir qué son y qué hacer". Durante los años cuarenta y cincuenta, las misiones culturales de la SEP y brigadas de mejoramiento indígena recorrieron el país con resultados mínimos.[9]

Como puede verse, en aras del desarrollo y el progreso se recurrió a una política de castellanización que no entraba en debate y por el contrario afectaba de frente la identidad étnica y cultural de un pueblo. Stavenhagen refiere el término "etnocida" para calificar dicha política que aún y con las mejores intenciones no podía sacudirse esta característica. Para el autor, la llamada "integración nacional"[10] implicó la pérdida de su soberanía y la indiferencia oficial ante ellos como "entidades políticas".

Durante la década de los setentas se da un cambio en el enfoque de la problemática. Se reconocería la educación bilingüe-bicultural, pero faltaba por construir líneas de acción y estrategias para llevarla a la práctica. "En el ámbito netamente cultural, se promovió el apoyo y el fomento de las culturas populares del país (incluyendo las culturas indígenas, pero no solamente éstas) al mismo nivel en el que se fomentaba la llamada "alta cultura" o cultura de élite".

En una palabra, el umbral es pasar del etnocidio al etnodesarrollo, en el cual en principio se logre el reconocimiento de México como nación pluriétnica y multicultural. Asimismo nos encontramos en el centro de un triángulo entre la cultura nacional dominante, las culturas populares e indígenas y los modelos masivos que se imponen en el mercado mundial.[11]

Y es aquí donde me parece se inscribe el trabajo que se encuentra realizando el Sistema de Universidades Estatales de Oaxaca y, en particular, el libro "Caminos de la Historia Mixteca", cuya editora, Reina Ortiz Escamilla ha realizado con acuciosidad y pertinente trabajo de selección.

Ya no sorprende, es cierto, que la Universidad Tecnológica de la Mixteca, encabezada por el Rector Seara, se ubique como estandarte de avanzada en la relación entre educación y cultura en Oaxaca y que, en palabras de él mismo, se explique el deseo de acelerar "…los procesos culturales internos, para generar una cultura poderosa, capaz de neutralizar lo negativo que venga de afuera, pero capaz también de asimilar lo que de positivo haya en la cultura universal, que se está gestando y con la suficiente fuerza para imponer la aceptación de los valores que tenemos y los que podamos generar convertirlos en paradigmas universales". Hasta aquí la cita de las palabras del Rector, durante la inauguración de la Semana Cultural de la Universidad del año 2006.

Esta inteligencia es la que ha hecho falta en nuestro país durante décadas. Si uno mira este libro "Caminos de la Historia Mixteca", se da cuenta de que, a raíz del interés intrínseco por la historia, se otorgan señales de que el estudio de esta región no debe sólo partir del estudio de la misma, sino fundamentalmente del desarrollo sistemático de un cónclave de disciplinas, en el que cada una de ellas aporta datos, detalles y reflexiones necesarias para su entendimiento completo y posterior aprovechamiento.

En esta edición, asiduos colaboradores de estas memorias como los arqueólogos Méndez Martínez y Méndez Torres desentrañan el devenir de 6 Mono con una maestría y sencillez que seguramente el lector poco avezado en la investigación de estos temas agradecerá, lo mismo que el extraordinario trabajo que presenta Enrique Flores Niño de Rivera sobre el arte novohispano del siglo XVI en la región. Y pongo énfasis en esta característica de composición general de ambos ejemplos, pues uno de los afanes de la Semana Cultural y de estas ediciones es sin lugar a dudas que la población en general reciba estos trabajos como elementos propios y relevantes, lo que no es posible lograr con rebuscados laberintos gramaticales y lingüísticos.

Es decir, la puesta en valor de ciertos aspectos del patrimonio aquí sometidos a estudio, necesita de una interpretación especializada pero no por ello hermética e inaccesible y eso es un acierto que es posible encontrar en este libro. Ángel Iván Rivera y Tomás Pérez

9 Op. Cit. Durán, Íbidem, p. 43

10 Véase Stavenhagen, Íbidem, p. 34

11 Ídem, p. 35

Reyes, en sus respectivas aportaciones sobre la iconografía de la pintura mural de la tumba de Ixcaquixtla y la genealogía de Tlazultepec, respectivamente, son claras muestras de lo hasta aquí mencionado.

Pero también hay otro asunto que subyace en la disposición del material y que me ha parecido un acierto: luego de los cuatro trabajos que antes he señalado, conviven dos que ponen punto final al mismo y que son los casos de América Minerva Delgado y Pedro Cruz Galván, una sobre el mezcal de maguey Papalometl, y el otro sobre el juego de pelota.

He hecho esta disección, porque estos últimos, además de realizar conclusiones inquietantes sobre el devenir de ambos temas, tienen que ver con el patrimonio etnográfico y con aquellas prácticas que tanto hace falta registrar inclusive en nuestro tiempo. Más aún, insisten justo en el centro de otra preocupación de la Universidad que es el intervenir positivamente en la convivencia de la región y, por tanto, en su desarrollo, con pleno respeto de su patrimonio tanto material como inmaterial.

De allí que calificaba como acierto la disposición y equilibrio de esta obra y que he tratado de resumir en estas líneas complementarias: registro y puesta en valor de ciertos elementos patrimoniales, incluyendo la divulgación y el diálogo con aquella zona de la Mixteca que no se ubica en el estado de Oaxaca y, por último, el énfasis en casos sensibles y comunitarios como los ya mencionados de Delgado Lemus y Cruz Galván.

No cabe duda, en síntesis, que la Universidad continúa en diálogo permanente con la región en que se asienta y en las más diversas esferas. Quizá también sea necesario y posible revisar esa importante labor en una próxima edición de la Semana Cultural, ya en una dimensión territorial, poniendo énfasis en aquello que la Universidad ha significado en términos comunitarios desde su fundación. Pero ya habrá tiempo para esto.

Por lo pronto, Ortiz Escamilla rescata la mejor enseñanza del devenir a veces tortuoso del binomio formado por la educación y la cultura en México, como lo que debe ser: diálogo interdisciplinario y permanente descubridora de posibilidades e intervenciones culturales.

"Caminos de la Historia Mixteca", es un eslabón del universo de cosas que nos ha aportado la región y la Universidad y que no cesa. Otra vez el Rector Seara: "No queremos más complejos de inferioridad, por parte de quienes piensan que todo ha sido decidido ya". Con ediciones como ésta, se comprueba la premisa.

Juan Pablo Vasconcelos Méndez